

La tendencia sofística de que hablamos en estos momentos y que tiene los deseos por cuna, es más frecuente de lo que parece. Es muy común que, trasladando el criterio de lo práctico á los dominios de la teoría, se tengan por verdaderas, opiniones que á lo sumo serían convenientes ó buenas, ó bien, procediendo á la inversa, es frecuente observar el hecho, que se rechacen ciertas doctrinas relativas al orden del mundo, simplemente porque se las supone inconvenientes y opuestas á nuestros deseos.

Los metafísicos llevaron la doctrina de que hablamos hasta el más alto grado, santificando, por decirlo así, ciertos deseos, que presentaban como una promesa que la divinidad nos hubiera hecho, y dada la infalibilidad y la bondad infinita del Ser Supremo, deberíamos tener fe ciega en sus promesas. Dios no puede engañarse ni engañarnos, decían, y desde el momento en que él ha impreso en nuestras almas con caracteres imborrables ciertos deseos, debemos tenerlos por promesas solemnes, y abrigar fe ciega en el cumplimiento de ellas.

§ 2.—Además de la sugestión vaga, indefinida y general que ejerce el deseo sobre nuestra creencia, induciéndonos á tener por verdaderas las opiniones que halagan nuestros deseos, existe una sugestión más circunscrita, más definida y poderosa, y que también dimana de los deseos, la designaremos con el nombre de influjo sofístico de los intereses.

Entiéndese por intereses aquellos arreglos y disposiciones de los asuntos y negocios humanos, que garantizan la realización de nuestros deseos. Ahora bien, sucede muy á menudo que sin advertirlo, y creyendo obrar con el mayor desinterés, sostenemos por la inconsciente sugestión de nuestros deseos todo lo que garantiza la satisfacción de ellos. Los miembros de la clase privilegiada, salvo contadas excepciones, estarán dispuestos á sostener la existencia de los privilegios. El comerciante se mostrará siempre inclinado á optar por la disminución, y si posible fuere, por la supresión del impuesto.

CAPITULO V.

LA PERSONALIDAD O CARACTER COMO RAIZ DE SOFISMAS.

§ 1.—Si la sensibilidad y los deseos, como verdaderos polos de la naturaleza humana, atraen cada cual por su parte á nuestro entendimiento, imprimiendo al curso de las ideas determinada dirección, el conjunto mismo que en cada individuo realiza la combinación de actividades elementales primitivas, y que constituye la personalidad mental de cada hombre, su carácter, influye quizá más sobre las corrientes de su pensamiento.

Si la sensibilidad y el deseo pueden desviar el entendimiento apartándolo de la verdad ó induciéndole á errar, la resultante del conjunto de las actividades, ó el carácter, puede ejercer el mismo nocivo influjo.

La vida mental es solidaria como la corporal, los elementos influyen sobre el conjunto y el conjunto, á su vez, ejerce influjo grande sobre aquellos; un espíritu en alto grado sensible, una inteligencia en extremo imaginativa, imprimen á la personalidad humana el brillante sello de las facultades poéticas, y éstas obran de nuevo á su vez sobre cada uno de los elementos constituyentes.

En otras personas se nota un desenvolvimiento moderado de la sensibilidad, y un desenvolvimiento grande de la función discursiva del entendimiento, estando la imaginativa siempre subordinada á esta última. Tiénese entonces otro tipo de la personalidad mental, otro temperamento espiritual, digámoslo así, peculiar á los sabios y pensadores, que como resultante total ó de conjunto influirá sobre las actividades parciales.

Existe aún un tercer tipo de espiritualidad ó mentalidad. Lo caracteriza un desenvolvimiento notable de las energías activas del espíritu, de los deseos ó propensiones á la acción; las demás formas de actividad psíquica están subordinadas á las voliciones, sirviéndoles sólo de auxiliares ó instrumentos, la sensibilidad para marcarles el rumbo, la intelligen-

cia para conducir las á su realización. Tal tipo de mentalidad ó personalidad caracteriza al hombre de acción.

§ 2. — Se comprende sin gran esfuerzo qué interés tiene para el lógico considerar el influjo de la personalidad como móvil ó fuente de error. Tal es la tarea que nos proponemos desempeñar aquí, procurando como antes evitar estudios de psicología pura, y tratando tan sólo, por medio de casos de bastante relieve de hacer ver el camino, el proceso, como dicen los patólogos, por donde el carácter puede, en su acción sobre el entendimiento, inducirle al error.

Vamos tan sólo á hablar de aquellos caracteres, ó circunstancias del conjunto de la personalidad, que son fuentes de sofismas. La enumeración no podrá ser completa, ni es preciso que lo sea, basta con que las circunstancias señaladas sean decisivas. Apenas parece necesario advertir que, tratándose de esta fuente de sofismas, lo mismo que cuando se trata de las otras, no debe incurrirse en el error grosero de considerarlas como sofisticas necesariamente, son simples móviles de la naturaleza humana, susceptibles, según las condiciones de su acción, de conducirnos ya á la verdad, ya al error, y si á veces nos encaminan por desgracia á este último, en cambio en circunstancias más ventajosas pueden llevarnos, y nos llevan de hecho á la verdad.

Una vez constituido el espíritu humano observamos en él lo que en todo dinamismo completo, la tendencia á entrar en funciones; formado nuestro espíritu por el concurso de sus energías primitivas, tiende necesariamente á obrar, y esta su actividad se traduce ó manifiesta de dos maneras, ya bajo la forma de representación de las cosas, que es la obra del entendimiento, ya bajo la de modificación efectiva que producimos en ellas, lo cual es la obra de la voluntad.

Esta última, como se colige bien, nada tiene que ver con la Lógica, se refiere á la acción humana, á la intervención del hombre en la Naturaleza; mas la primera, la obra del entendimiento, sí tiene para el lógico grande y palpitable interés.

Ahora bien, para considerar lo más metódicamente que sea dable el influjo de la personalidad sobre el entendimiento, deberemos, para no omitir circunstancias decisivas considerar lo siguiente. En el dinamismo intelectual hay que tener en cuen-

ta el grado de energía de la acción con que él obra, y la forma ó modo de dicha operación; lo primero da nacimiento en el espíritu humano á lo que se llama el entusiasmo ó la apatía, consistiendo aquél en el vivo deseo de ejercitar intensamente las facultades mentales, y resolviéndose ésta en la pereza, indolencia ó mala gana de poner en ejercicio, ya el entendimiento, ya las facultades de acción.

Además de considerar el grado de energía con que el dinamismo psíquico funciona, que cuando es alto, constituye el entusiasmo, ó ardor mental, y cuando es bajo engendra la apatía, debemos considerar también aquellas circunstancias que, cualquiera que sea el grado de entusiasmo ó frialdad con que el dinamismo mental opere, le imprimen un sello especial. Estas circunstancias son de dos categorías, unas resultan del predominio de ciertas formas de actividad psíquica, en el temperamento poético, por ejemplo, las operaciones del espíritu estarán en su gran mayoría bañadas, por decirlo así, por el reflejo de la facultad dominante; en el temperamento activo, la energía superior de las voliciones orientará á su vez los pensamientos y aun muchos sentimientos.

No consideraremos aquí las circunstancias de este género, porque repetiríamos lo que llevamos ya dicho, volviendo de nuevo á considerar el influjo de la sensibilidad y el influjo de los deseos, sobre el error. En efecto, sea que el influjo de la sensibilidad y del deseo resulte de que, por abstracción ó de hecho, se eliminen los otros concomitantes psíquicos; sea que provenga de que los dominen por su mayor energía el resultado será siempre el mismo; un entendimiento dominado y regido por las sugerencias de la sensibilidad y del deseo; estudio que tenemos hecho ya.

Pero hay otra circunstancia que influye poderosamente sobre la forma de la actividad mental del conjunto, y la cual sí es oportuno estudiar aquí, es la que consiste en el influjo, sobre el dinamismo mental en un momento dado, del dinamismo mental pasado. En términos menos abstractos, la circunstancia de que hablamos consiste en el influjo del hábito que, para el entendimiento, se resume en el influjo de las asociaciones, ó de los prejuicios.

Conformándonos á este programa estudiaremos el influjo sofisticado del entusiasmo ó de su contrario la apatía, y después

la influencia sofística del hábito, ó de las asociaciones intelectuales que engendran prejuicios ó preocupaciones.

§3.—El entusiasmo debilita la fábrica intelectual, induciéndonos á formular rápidamente conclusiones. El deseo vivo de saber, el anhelo de llegar pronto á una solución, nos expone á ser poco rigurosos en la calificación de la prueba, y á aceptar la primera que se presente, con tal que apoye la conclusión á que el entusiasmo nos arrastra. Es opinión muy generalizada y no desprovista de fundamento que debe desconfiarse de las personas entusiastas, tildadas por lo común de ligeras, y dispuestas á aceptar todas las opiniones que vibren al unísono de su entusiasmo.

La sed de razonar, dimanada del entusiasmo, engendra un sofisma común, del cual contemplamos á cada paso abundantes ejemplos. Consiste en una excesiva propensión á generalizar. Por lo común no se repara en las dificultades de que está erizada una operación de este género, no se recuerda que no basta, á no ser en condiciones muy especiales ya definidas en esta obra, tener en cuenta uno ó dos de los casos que forman un grupo. El proloquio vulgar que dice: una golondrina no hace verano, protesta elocuentemente contra esta tendencia.

Y sin embargo, á pesar de eso se emiten con la mayor sangre fría opiniones que resultan de una generalización prematura.

Se juzga á menudo de todas las mujeres por la experiencia que se ha tenido de una ó de dos; porque hemos conocido y tratado á cinco ó seis franceses, solemos emitir juicios magistrales sobre el carácter francés; porque el matrimonio haya producido algunas catástrofes domésticas, nos inclinamos á creer que es una institución radicalmente mala; porque aplicando un medicamento se haya observado la curación de una enfermedad, creemos que ha de curar en todos los casos, y solemos recomendarlo como una panacea.

Una forma común de esta tendencia sofística es la que nos lleva á generalizar en el tiempo y en el espacio nuestros estados de conciencia presentes, si nos sentimos felices nos imaginamos que la felicidad ha de durar siempre, si en cierta época nuestros negocios prosperan, nos tenemos por hijos mimados de la fortuna, y nos inclinamos á creer que la comodi-

dad y la abundancia nos sonreirán perpetuamente; por el contrario, si una desgracia nos agobia se apodera tal desánimo de nosotros que creemos que nuestro dolor será eterno.

En fuerza de la misma tendencia propendemos á creer que lo que pasa en nuestro país y en nuestro tiempo ha de suceder en todos los lugares de la tierra, y en todos los tiempos, sean pasados, sean futuros. El ignorante está muy lejos de sospechar los grandes cambios, las enormes transformaciones que han experimentado las sociedades humanas, y aun el planeta que sirve de teatro á su actividad.

En nuestras apreciaciones sobre el porvenir de los pueblos, y como fruto de la tendencia que estamos estudiando, incurrimos en errores de apreciación que, aunque suelen ser antagonistas, reconocen el mismo punto de partida. Unas veces negamos obstinadamente que llegue á realizarse cierta mejora, porque hasta hoy no ha llegado á efectuarse. Así es como hay personas que niegan la posibilidad de la locomoción aérea ó de la fotografía de los colores, tan sólo porque hasta aquí no se ha podido verlas realizadas. Otras personas, fundándose en que en lo pasado se han verificado los descubrimientos más sorprendentes, se imaginan que en lo futuro nada estará vedado al genio del hombre.

El modo de dinamismo mental opuesto al entusiasmo, y que consiste en la apatía, pereza ó flojedad de ánimo, es también fecundo en errores, aunque se llega á ellos por otro camino. El hombre indolente ó apático, sintiendo aversión ó disgusto por el ejercicio intelectual, se disculpa poniendo en duda, ó negando, la eficacia de semejante trabajo; si se trata de un hombre instruido, y cuyo espíritu ha adquirido cierto grado de cultura, su propensión sofística le lleva á una especie de desenfado ó escepticismo de buen tono, y disertará, en ocasiones con facundia, sobre lo inaccesible de la verdad, sobre las multiplicadas causas de error, comprobará su discurso con ejemplos fáciles de encontrar, relativos á errores que se tomaron por verdades, ó á verdades que fueron calificadas de errores, y en tono sentencioso y convencido acabará por declarar, que más bien que entregarse á laboriosas disquisiciones, prefiere ser un cerdo de la manada de Epicuro, gustar alegremente de la dicha que se le brinda sin meterse á

averiguar si esa dicha tiene raíces en el pasado ó tendrá retoños en el porvenir.

La indolencia, ó flojedad de ánimo, conduce aún al error por otro camino. Consistiendo tal dinamismo mental en una deficiencia de la copia de energías necesaria para tener impulso propio, resulta que el apático é indolente, en vez de tomarse el trabajo de formarse una opinión con su propio discurso, prefiere repetir opiniones ajenas que se le brindan ya elaboradas.

Y como, dada su genial apatía é indolencia, no ha de tomarse el trabajo de someter esas opiniones ajenas á un examen severo, ni tampoco se ha de curar gran cosa de hacer, entre las varias que se emitieren sobre un asunto, una elección cuidadosa, se concluye, que individuos de tal temple repiten cuanto oyen decir, haciéndose el eco de las aserciones más aventuradas.

El último libro, que hojearon sus manos indolentes, les infunde las doctrinas del pasaje en que por acaso se detuvieron sus miradas perezosas; la revista científica, que casualmente tuvieron á su alcance, les da á conocer uno ó dos puntos relativos al movimiento de las ciencias; la conversación que trabaron con algún docto, les suministra ya apotegmas, ya aplicaciones de verdades, que á veces repiten del modo más lastimoso.

Nadie se muestra más apegado que un individuo así al dictamen de la autoridad; un autor afamado, un filósofo insigne, un sabio immortalizado por sus descubrimientos, son á su modo de ver oráculos infalibles, y citan á menudo, y muchas veces en falso, tan respetables nombres, atribuyéndoles en ocasiones lo que no pensaron en sostener.

§ 4.—El hábito, ó modificación que introduce en el espíritu humano la repetición frecuente de una misma acción, ejerce en nosotros el mayor influjo. Bien lo saben los moralistas, que se esfuerzan en engendrar en el espíritu buenos hábitos, considerándolos como la garantía más sólida de la conducta. Existen actos cuya ejecución nos cuesta un gran trabajo la primera vez que la intentamos; mas si insistimos en ejecutarlos, la tarea es cada vez menos difícil, hasta que llega á sernos facilísima, y no sólo, sino que surge en nosotros la necesidad de repetirla, sintiendo placer cuando lo hacemos así, y experi-

mentando pena más ó menos honda cuando algún motivo se opone á la ejecución de ella.

Cuando se llega á este estado, el acto es habitual, se ha incorporado á nuestra naturaleza, se ha engendrado en nosotros un hábito, se ha creado una necesidad nueva. El aprendizaje de la música puede citarse como un ejemplo de una habilidad muy difícil de adquirir, y que por la repetición suficiente de los ejercicios llega á ser tan fácil como placentera; el hábito de fumar muestra, cómo un acto desagradable en sí mismo, llega á ser en fuerza de la costumbre una necesidad imperiosa. Pues bien, el entendimiento está sujeto á la ley del hábito, que en sus dominios toma el nombre de ley de asociación, expuesta ya con sus principales circunstancias en la Nociología.

Interminable tarea fuera citar siquiera los más notables ejemplos de los errores célebres en que ha incurrido el espíritu humano cediendo al influjo de las asociaciones, ellas engendran preocupaciones, ó prejuicios, que no son más que ideas, que por asociación, se han acopiado en nuestro espíritu, y á través de las cuales, como á través de un prisma engañoso, contemplamos los fenómenos que nos rodean.

Del influjo de las asociaciones proviene que el hombre considere, como limitaciones de la Naturaleza, las que no son más que limitaciones de su propio espíritu; que tienda á desechar por falso lo que no puede concebir, y á proclamar por cierto lo que se le presenta como evidente.

Lo que Lombroso llama *misonéismo*, ó aversión á toda novedad, es uno de los resultados más directos del influjo general del hábito sobre el espíritu, y del influjo especial que la misma causa ejerce sobre el entendimiento, estableciendo asociaciones. Como la edad es el más activo coeficiente de hábitos, como el hombre, á medida que envejece, fortalece y consolida más sus hábitos antiguos, nos explicamos fácilmente por qué los viejos son tan opuestos á todos los cambios, y en el orden intelectual, por qué en la edad avanzada se opone tanta resistencia á cambiar de opinión; Bain cita el hecho muy significativo, que en la época en que se descubrió la circulación de la sangre, ningún médico de más de cuarenta años reconoció el descubrimiento. Entre los naturalistas del siglo pasado, se observó un hecho semejante, con respecto al transformismo,

los viejos, se mostraron, por lo general, opuestos á las nuevas ideas.

Nada más conforme á la Naturaleza humana, el hombre, que paulatina y laboriosamente ha edificado, desde los cimientos hasta la techumbre, su fábrica intelectual, escogiendo sus materiales con arreglo á cierta idea y arreglándolos conforme á cierto plan, siente el más profundo desconcierto, cuando oye decir que la construcción es deleznable y frágil, que perdió su tiempo, que malogró su vida, y que le es preciso volver á empezar, para lo cual no se siente ya con bríos.

CAPITULO VI.

DE LAS APARIENCIAS LOGICAS DE LOS SOFISMAS.

I

EXPOSICIÓN GENERAL Y DIVISIÓN DEL ASUNTO.

§ 1.—Dice el eminente Mill: “Mas las causas morales de las opiniones, aunque sean en la mayor parte de los hombres las más poderosas de todas, sólo son causas lejanas, no obran directamente, sino por el intermedio de las causas intelectuales. . . . la inclinación más viva á tener por cierta una cosa no la haría creer al espíritu más débil, si carece en absoluto de toda prueba, siquiera aparente.”

Se infiere de tan sabias palabras, que para que haya sofisma no bastan las predisposiciones psicológicas que en los capítulos anteriores hemos considerado, se necesita aún que el sofisma revista una apariencia lógica, que se presente descansando en ciertos fundamentos que nada valdrían para un espíritu libre de predisposición, pero que son suficientes al que sufre el influjo de esta última.

De aquí procede la necesidad de estudiar en Lógica, las formas aparentes de pruebas que revisten los sofismas, porque sin el auxilio de ellas el espíritu no caería en la red que sus propias predisposiciones han tendido. Esta consideración quita todo aspecto de redundancia al estudio de los sofismas

en Lógica, y justifica el proceder de todos los que han cultivado tan interesante materia.

§ 2.—Antes de considerar la enumeración y clasificación de las apariencias lógicas de los sofismas, y fundándonos, en que el estudio de una cuestión cualquiera es perfectamente preparado por la exposición, siquier suscita, de su historia, pues muestra como la ha considerado el espíritu humano á través de los siglos, vamos á decir como tal enumeración y clasificación han sido presentadas en los momentos más decisivos de la historia de la filosofía.

Como Mill tuvo la gloria de ejecutar por primera vez tal operación de una manera completa y sistemática, dividiremos en dos partes nuestro estudio: la primera contendrá la parte histórica del asunto, exponiendo como fué resuelta esta cuestión antes de los días de Mill, la segunda, estudiará la clasificación de Mill y la que se propone para sustituirla.

II

ENUMERACIÓN Y CLASIFICACIÓN DE LOS SOFISMAS ANTES DE MILL.

§ 1.—Contemplando desde gran altura la evolución filosófica, nos aparece primero una gran síntesis acabada y completa, sólida y vigorosa, contenida en obras monumentales, enseñada con regularidad y propagada durante la Edad Media, particularmente en la segunda mitad de este período histórico, en todas las naciones de Europa, teniendo por focos las diferentes universidades y por órganos los más insignes doctores.

Tal filosofía, por haber reinado sin rival en las escuelas durante siglos, es conocida en los fastos del pensamiento humano con el nombre de escolástica. En Lógica reconoció por maestro y oráculo á Aristóteles, ampliado y no pocas veces desfigurado por diversos comentadores.

En el Siglo XVI, agotado el alcance filosófico de la escolástica, comenzó á sentirse en los espíritus un movimiento de crítica y oposición contra dicha síntesis filosófica. La crítica, limitada primero al terreno de la erudición, no consistía más que en hacer ver que los comentadores habían alte-